



EL CASO DE LA MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE BOLÍVAR EN ABRIL DEL AÑO DIEZ

Gustavo Pereira

I

A mediados de 1807, cuatro años y medio después de la muerte de su esposa, Bolívar regresa a la patria luego de una larga estancia en Europa.

Tiene veinticuatro años y viene colmado de nuevos ideales. Ha visto y vivido y leído mucho y bien. No ignora que los acontecimientos europeos, cuyas primeras tentativas revolucionarias significaron en el continente apenas el preludio de importantes transformaciones en la vida política y social, se precipitan día tras día en interminable tormenta.

A partir de 1808, año en que Bonaparte consuma la ocupación de España y depona a su rey, la participación del joven oligarca criollo en los planes conspirativos –algunos de ellos coincidentes con los suyos– es notoria, y así se evidencia en testimonios de testigos y confidentes o de comprometidos en los mismos.

En la llamada Cuadra Bolívar, a orillas del Guaire; en casa de su tío político José Félix Ribas y en otros sitios de la capital se han celebrado reuniones no pocas veces tumultuosas a favor de la emancipación que algunos desean total y otros mediatizada.

En el expediente instruido por las autoridades no escasean los testimonios comprometedores contra los hermanos Bolívar. Así por ejemplo José Benito de Austria declara que *“por lo que tiene oído don Juan Vicente y don Simón Bolívar han sido partes muy esenciales de las concurrencias en que se ha tratado del establecimiento de la Junta, y de los que con más libertad se han explicado acerca de los principios de independencia”*.

Por su parte el secretario de la Capitanía General, Pedro González Ortega, expresa haber oído hablar de *“Juntas celebradas en una casa inmediata al río Guaire a las cuales concurrían don Mariano Montilla, don Juan Vicente y don Simón Bolívar con otros de su parcialidad”*. Otro testigo,

Andrés Moreno, añade que “a las Juntas en la casa de Bolívar concurrían además el Marqués del Toro, el Oidor Felipe Martínez, Mariano Montilla, Juan Vicente Bolívar, don Vicente Salias, don Narciso Blanco y otros”. También dice que “en estas Juntas de la Cuadra Bolívar se trataba siempre contra el Estado, que era lo que se decía en público”.

Cuando estalla el movimiento del 19 de abril de 1810, Bolívar, sin embargo, extrañamente no está en Caracas.

Desde hace algunos meses ha pasado a su hacienda de Yare, acaso escondido o confinado.

II

¿Qué había ocurrido en las colonias españolas de América para que casi al unísono, con intervalos de meses entre uno y otro, los movimientos independentistas liderados casi todos por la oligarquía hubiesen insurgido por doquier?

En efecto, paralelas a las de Caracas, poco antes o poco después y cada vez más numerosas, estas rebeliones sacuden la América, ahora de manera orgánica, tan pronto despunta el siglo XIX. Después de las expediciones mirandinas múltiples sucesos alteran el debilitado poder de la monarquía española: a fines de mayo de 1809 en Chuquisaca, en la actual Bolivia, un grupo de patriotas insurreccionados logran apresar al presidente de la Audiencia; en Quito los insurgentes encabezados por el marqués de Selva Alegre luego de ardorosas manifestaciones conforman en agosto una Junta como gobierno autónomo; en Buenos Aires estalla la sublevación encabezada por Martín de Alzaga; en La Paz estalla una revuelta dirigida en lo militar por José Domingo Murillo. Al año siguiente, siguiendo el ejemplo de Caracas, en mayo se constituye en Buenos Aires una junta provisional que proclama la independencia; en julio se reúne en Bogotá un cabildo abierto que depone al virrey y da paso a un Congreso General de las Provincias de Nueva Granada; en septiembre estalla en México la rebelión del cura Hidalgo a quien se une otro cura, Morelos, en un movimiento popular —distinto al venezolano— que habiendo depuesto al virrey elimina los tributos a indios y mestizos y confisca las tierras en manos europeas; también en septiembre se proclama en Santiago de Chile una junta de gobierno que convoca a elecciones para un congreso; en Ecuador son masacrados los patriotas antes de que una junta declare la autonomía de España y la Nueva Granada; en Bolivia es ejecutado José Domingo Murillo mientras las protestas en Chuquisaca y otras ciudades sacuden el poder español. Y así.

Ciertos resortes ocultos movían a los hombres y mujeres que encabezaban estas insurrecciones: las necesidades objetivas del desarrollo de sus sociedades, las contradicciones entre sus diversos estamentos sociales y productivos y la metrópoli, la debilidad de ésta para contenerlas y la oportunidad para hacerlo; pero también la acción precursora y transformadora de quienes habiendo vislumbrado por entre los antagonismos y las correlaciones de fuerzas el momento histórico preciso, se constituyeron, con el fuego sagrado de la libertad, en lúcida y empecinada vanguardia.

Según Mancini, a Miranda corresponde en gran parte haber inspirado u organizado, desde Londres, esos resortes: “En la penumbra en que, en acecho durante tantos años parece querer dejarle la Historia, sin duda por la costumbre que tiene de verle así, Miranda había sido el autor invisible del formidable prólogo, en punto ya para ser representado en cada una de las escenas del inmenso teatro cuyo conjunto abarcaba él con sólo una ojeada”.

De acuerdo con el historiador francés, el constante apostolado del precursor, sus geniales maniobras diplomáticas, las instancias de continuo repetidas durante un cuarto de siglo en todas las cancillerías y contrariadas siempre por defecciones y la mala fortuna, las expediciones, aunque furtivas, efectuadas en las costas de América, y sus incansables paciencias, obtenían por fin el resultado perseguido. No en vano había fundado en Londres con este objetivo un instrumento de propaganda de que se sirvió eficazmente: la asociación secreta que, hacia 1797, ya irradiaba sobre los destinos de la Emancipación.

Inspirado en las prácticas de la francmasonería en una época en que sus principios igualitarios socavaban las bases de las antiguas sociedades, Miranda funda en la capital inglesa una *Logia Americana* en la que siendo Gran Maestro había logrado agrupar a los criollos que acudían a Europa a perfeccionar su educación o para ayudar a la Revolución. Dicha Logia tuvo filiales en París, en Madrid (con el nombre de *Junta de las ciudades y provincias de la América Meridional*), y en Cádiz (con el de *Sociedad de Lautaro*, o de los *Caballeros racionales*). El taller se hallaba en su casa de Grafton Square y allí, hasta 1810, daba personalmente la luz a todos los apóstoles de la Revolución americana que a verle acudían. El chileno Bernardo O’Higgins; el neogranadino Nariño; los quiteños Montúfar y Rocafuerte (estos dos, compañeros de Bolívar en su estancia parisina; Rocafuerte se haría adversario acérrimo del Libertador); el guatemalteco Cecilio del Valle; el peruano Bernardo Monteagudo; el mexicano Servando de Teresa y Mier y los rioplatenses José de San Martín, Carlos Alviar, José María Zapiola (quienes fundarán en Buenos Aires la célebre *Logia de Lautaro*) y Mariano Moreno,

entre otros muchos, habrían pertenecido o adherido a los principios de esta organización secreta y seguido los postulados emancipadores de Miranda. “Los iniciados de la Gran Logia Americana y sus prosélitos no han de tardar en ver ligarse contra ellos todas las fuerzas del absolutismo: los negociantes canarios o gallegos, poseedores de privilegios, la Inquisición, las dignidades eclesiásticas, los consejeros de las Audiencias, en quienes sobrevivió todo el empaque de la vieja España rígida y doctrinal”, comenta Mancini.

III

El poder español, ante los amenazantes sucesos americanos, se había visto obligado a endulzar las cadenas. En enero de 1809 la Junta Central, trasladada a Sevilla, expidió un decreto declarando que los dominios españoles de América no eran colonias, sino parte esencial e integrante de la Monarquía, por lo que los cuatro Virreinos y las ocho Capitanías Generales debían tener representación y enviar diputados a la Junta. El llamado había sido atendido, pero la representación estaba lejos de constituir un acto de justicia y se convirtió, por su desproporción, en farsa: treinta y seis eran los diputados españoles, los americanos doce.

Cuando en mayo llega a Caracas un nuevo Capitán General, el brigadier Vicente Emparan, para suceder a Juan de Las Casas, la conspiración ha cobrado cuerpo. Amigo de Fernando Rodríguez del Toro y de Simón Bolívar a quienes conoció en Europa, viene acompañado del primero, recién nombrado Inspector General de Milicias. No era Emparan desconocido en Venezuela pues ya antes había gobernado en Cumaná, “donde su administración había sido firme, justa y liberal” según Restrepo, y “con honor y justicia”, al decir de Baralt y Díaz. Acusado por algunos de ser “adicto a los franceses” por haber obtenido de éstos algunos de sus ascensos y la aprobación de su nombramiento por la Junta de Sevilla, procede a poco de llegar, según Baralt, a expedir providencias “desacordadas y violentas”. “Noticioso de que algunas personas tenían en su poder impresos relativos a una junta gubernativa establecida en Quito el 10 de agosto, los trató como reos de Estado: mandó hacer una leva general en toda la provincia y sin forma de juicio condenó al trabajo de obras públicas a una multitud de hombres buenos, so color de vagos”, amén de otros atropellos.

Algo de cierto debía haber en este reproche puesto que en Caracas circulaban ya versos y pasquines anónimos en contra del recién posesionado gobernante. Éste había nombrado a dos tocayos suyos, Vicente Basadre y José Vicente Anca, en los altos cargos de Intendente del Ejército y la Real Hacienda el primero, y como Asesor y Teniente Gobernador al segundo.

Se les conocía entonces, en los círculos que conspiraban contra el poder español, como “Las tres potencias”.

Emparan, Anca y Basadre
Tienen al pueblo oprimido;
Que Vicentes tan unidos!
Chupan aunque el pueblo ladre.

El primero a nadie ampara,
Ni el otro lleva en el anca;
Pero hace basa el tercero
Recaudando con la tranca.

Basta ya de humillación!
Para de los tres salir
Debe alzarse la Nación
Y ese yugo sacudir.

Cuando a Caracas llegan las noticias de la insurrección de Quito y los asesinatos de los patriotas comprometidos en ella, otro pasquín aparece en la pared frontal de la casa del Intendente Vicente Basadre, situada enfrente de la de Emparan:

Todo está listo
porque ya Quito dio el grito
y este Vicente
es lo mismo que el del frente.

IV

Los acontecimientos del 19 de abril del año siguiente son suficientemente conocidos y han ocupado lugar relevante en nuestra historia. Se trató, dadas su planificación meticulosa, la simetría de su desarrollo y la índole de sus participantes –en él colaboraban activamente altos mandos de la milicia–, de un típico golpe de Estado. Preparado y encabezado por los hombres más representativos y avanzados de la oligarquía criolla como paso inicial hacia la total independencia, habíase enmascarado tras una supuesta defensa de los derechos del también supuesto prisionero rey Borbón (que algunos participantes auspiciaban de corazón), e insurge definitivamente cuando llegan de España rumores sobre la victoria de los invasores franceses, la disolución de la Junta Central y la conformación de un Consejo de Regencia.

En O’Leary, Baralt, Gil Fortoul, Parra-Pérez y otros historiadores hallamos algunos datos sobre la no participación directa de Bolívar en estos hechos: unos meses atrás, ante una conspiración que debía estallar el 24 de diciembre –en la que se hallaban comprometidos los mismos conjurados del 19– y que fuera delatada ante Emparan, éste habría tomado medidas de policía “ineficaces pero suficientes para exasperar los ánimos y excitar a los jóvenes agitadores a proseguir en su empresa”. El regente Heredia, en sus *Memorias sobre las Revoluciones en Venezuela*, referirá más tarde: “Bolívar fue uno de los principales que tramaron secretamente la revolución del 19 de abril; y el marqués de Casa León me refirió que tratando de persuadir a él y otros compañeros suyos los peligros que corría la provincia por aquel paso imprudente, los atrajo a una conferencia en que don José Domingo Duarte, asesor de la Intendencia, les manifestó su error con toda la fuerza de la razón, y que Bolívar, después de oírlo en silencio, contestó que *todo aquello estaba muy bien pintado, pero que él y sus asociados habían declarado la guerra a España y verían como saldrían*”.

La manera franca e indiscreta con que el joven Bolívar emitía a veces sus opiniones había llegado hasta el punto, según O’Leary, de proponer un brindis por la independencia de América en un banquete al que asistía Emparan. Pero éste, siendo su amigo, le aconsejó privadamente “se retirase de la capital por algún tiempo”. Ese sentimiento de delicadeza para con el amigo habría sido “la causa de no haber tomado parte activa en los sucesos del 19 de abril” pese a que era evidente que sus posiciones radicales diferían sensiblemente de la morigerada mayoría mantuana. Por su parte Pedro Briceño Méndez –quien además de haber sido Edecán del Libertador llegó a ser su sobrino político– escribirá que por ser Emparan amigo de Bolívar “se lo avisó privadamente aconsejándole que se retirase para alguna de sus haciendas por algún tiempo. Así lo hizo”.

Aunque maduras, las condiciones objetivas para la independencia parecían requerir de un impulso final y los jóvenes conspiradores, entre quienes se hallan, además de los ausentes hermanos Juan Vicente y Simón Bolívar, su tío político José Félix Ribas y el hermano de éste el presbítero Francisco José, Vicente Salías, Martín Tovar Ponte (hijo del Conde de Tovar), Mariano y Tomás Montilla, Juan Pablo Ayala, Francisco Javier Ustáriz, el canónigo José Cortés de Madariaga, Juan Germán Roscio, José Félix Sosa, el padre José Félix Blanco y otros de “los que tenían más que perder” al decir de José Domingo Díaz (entre quienes había también, según el informe del depuesto Intendente Basadre, “militares y paisanos, abogados, médicos, cirujanos, boticarios y colegiales”) logran apresurar los hechos. Emparan es

obligado a dimitir en el Cabildo –al que se han incorporado representantes de diversos sectores, entre ellos Madariaga, Juan Germán Roscio, Francisco Ribas y José Félix Sosa– y se constituye una Junta Suprema “defensora de los derechos de Fernando VII”. “Estos diputados intrusos –escribe Parra-Pérez en tática e injusta condena– se apoderan del mando, distribuyen órdenes, arrestan funcionarios. Son ellos quienes, en oficio al Arzobispo, disponen el cierre de las iglesias y la suspensión de las procesiones” en tanto se organicen las cosas.

El acta redactada consagra el nuevo gobierno (que es el mismo Cabildo ampliado) y atribuye a éste todo el poder, tras lo cual se elabora un plan de acción destinado a reorganizar la administración, se difunde un manifiesto dirigido a los pueblos de Venezuela cuyas líneas finales formulan votos para que “el muy amado soberano señor Don Fernando VII” vuelva a regir los destinos de Venezuela y se procede a expulsar del país a Emparan y otros altos funcionarios. Decide la Junta en consecuencia, amén de acordar recompensas a los militares leales al movimiento y encargar del mando superior de la fuerza armada al coronel Fernando Rodríguez del Toro, tomar providencias esenciales (reveladoras, bueno es subrayarlo, de las tendencias políticas y del giro progresista que éstas, al menos en la letra y en algunos aspectos, habían alcanzado): decreta la libertad de comercio, suprime el impuesto de Alcabala a los artículos de primera necesidad, libera a los indios del pago de tributos, prohíbe la trata de esclavos, reforma el arancel de importaciones (en lo que se beneficia de modo apreciable a Inglaterra), ordena la liberación de los prisioneros políticos, constituye un Tribunal Superior de Justicia en lugar de la Audiencia, envía emisarios a las provincias de Coro, Maracaibo, Barinas, Barcelona, Margarita, Cumaná y Guayana “para poner en su noticia el suceso y convidarlas a la unión”, crea una academia de matemáticas e instituye una Sociedad Patriótica para el Fomento de la Agricultura y la Industria.

Esta última decisión conducirá a inesperados resultados, incluso para la propia oligarquía.

En lo adelante, Bolívar no actuará ya más en las sombras.